

IMPRESIONES DE ADOLFO AGORIO SOBRE ALEMANIA

LA CRISIS DE LAS RECOMPENSAS

El nacional socialismo, en los momentos de lucha más intensa, no prometía felicidades desmesuradas. Su propio Führer, sin perder la noción de la atmósfera histórica que envolvía el destino de su pueblo, aconsejaba, en medio del ardor polémico, desconfiar de los partidarios demasiado excesivos que creían en la posibilidad de hacer milagros. Ya en el poder, se exigía todavía el máximo de los sacrificios para impulsar la obra gigantesca del restablecimiento. No hay duda que este lenguaje tiene que sonar forzosamen-

lectiva, anima esta creencia en la perpetuidad del alma alemana. Hay en ella el anhelo violento por conservar la morfología típicamente nacional de una civilización. Se mueven también con la misma idea todas las nobles inquietudes de la cultura. En dicha ansiedad por mantener como corrientes paralelas los valores del pensamiento puro y del acto histórico, se descubre la inextinguible sed de unidad espiritual que impulsó a la revolución alemana. He intentado demostrar en otra parte que civilización representa un jue-

darles un significado colectivo (1). De ahí las relaciones paradójicas entre el clima histórico y los espíritus que se consideraban con mayor derecho a representar las nuevas tendencias. En el tercer Reich, por ejemplo, sorprende que el culto de Schiller sea más fuerte que el de Goethe. Es cierto que el poeta de "Guillermo Tell" movió una mayor cantidad de elementos locales y nacionalistas. Sin embargo, el estímulo constante del individuo, incitándolo a emanciparse de todos los lazos sociales, transforma la figura de Schiller en uno de los precursores más inesperados del anarquismo. La última etapa de la reforma luterana, la cual, en sus orígenes, vino a fortalecer la autoridad de los emperadores frente al avance temporal del poder eclesiástico, coincide con todos los excesos de la revolución de los derechos. Y Schiller recoge hasta irritarlo, ese fermento anárquico, individualista, disolvente del Estado, y con él entusiasma a los extremistas franceses de 1791 que lo proclaman ciudadano de honor. Hombre de su siglo, después de todo, Schiller trabaja, con ideas dramáticas, sobre la ruta de Lutero. En la trilogía de "Wallenstein", a pesar de sus torturas románticas, aparece una adivinación vaga y brumosa. Schiller se convierte en el profeta del espíritu fuerte que habría de reunir en un haz invencible los miembros dispersos de Alemania. No se trata precisamente de Zaratustra. Con su fondo declamatorio, el pensamiento de Schiller destruye la idea unitaria del superhombre. Al exagerar la pasión protestante del libre examen, se dejaba al Estado vacío de toda disciplina. No otra cosa realizó aquel luterano de Ginebra que fué Rousseau. En él hallaron eco doctrinario todas las solicitudes a la anarquía que flotaban en la atmósfera de un siglo envenenado de autocracia y de despotismo. Pero si Schiller sigue viviendo en la Alemania de ahora con una vida tan rica de sentido es por la fuerza de su sentimiento nacionalista, fuerza pasional, sanguínea, incontestable, que domina cualquiera de las objeciones de orden intelectual más profundo. Ciertamente para ser un verdadero representante del espíritu alemán, le falta no sólo la universalidad de Goethe, sino su fondo de adaptación a los métodos que hicieron posible el resurgimiento de Alemania. Aún cuando agitó menos valores nacionales que Schiller, el sereno escepticismo del creador de "Fausto" no podría constituir un ejemplo para esa escuela de fé que es el nazismo. Goethe no duda de la eterna bienaventuranza, pero quiere también un poco de felicidad aquí en la tierra (2). En ese sentido no estaría muy lejos de las teorías actuales, no siempre coherentes, de Alfred Rosenberg. Espiritualmente, Goethe representaba el más puro clasicismo greco latino. Sin renunciar a la idea germánica del sacrificio, encuentra un nexo conciliatorio entre la ansiedad cristiana del más allá y la preocupación de los antiguos griegos por construir el bienestar únicamente sobre la tierra. Porque la ló-

gica en la vida de un espíritu tan poderoso es que, a medida que gana en universalidad, va aumentando el sector de los descontentos. En sus anales de 1784 a 1822, el mismo Goethe nos confiesa que Napoleón no estaba conforme con el desenlace de "Werther". El emperador le había sugerido personalmente, no sin reproches, en la famosa entrevista de Erfurt, otra fórmula estética que al soldado victorioso le parecía más razonable y sobre todo "más natural".

formas pensantes lo sumergen en ángulos de sombra que alteran el equilibrio secular de la cultura germánica. Kant sería la imagen más perfecta del sentido espiritual revolucionario que sobrevive a la actitud mesurada frente a los objetivos reales del Estado. En su dedicatoria al ministro del rey de Prusia, barón de Zedlitz, el forjador de un idealismo que rompía los frentes tradicionales de toda la crítica del entendimiento, no era más que "un sumiso y obediente servidor". El hecho es demasiado vivo para ocultarlo con convencionalismos arbitrarios. Y la "Crítica de la razón pura" que habría de marcar hondamente su etapa en la historia del pensamiento humano, lleva junto al sello de "untertänig - gehorsamster Diener", esa magnífica rebelión de todos los fermentos de la inteligencia para dominar el

A ciento veintisiete años de distancia, en el recogimiento de la cripta de Weimar, bajo la bóveda donde descansan las cenizas de Goethe y de Schiller, mi espíritu se sentía invadir por aquella ráfa-



Fotografía que data de la época de más implacable lucha interna — en los primeros meses del año 1933 — y donde se distingue a un grupo de revolucionarios nacional-socialistas destruyendo, frente al edificio de la Municipalidad de Hamburgo, los símbolos de la república de Weimar.

te como algo extraño en los numerosos países occidentales, donde el ejercicio de la política se comprende hasta ahora como un sistema de recompensas. Pero el procedimiento nacional socialista, tiene su explicación. Su táctica floreció en una Alemania exasperada por el hábito deplorable de las promesas. Más de cuarenta partidos surgieron de la revolución de 1918. Dichas parcialidades, a fin de mantenerse dentro del cuadro constitucional de Weimar, disfrutando aunque fuere una partícula de poder, se veían en la necesidad fatal de gravitar en la órbita de las fantasías más descabelladas, entreteniendo con la descripción de horizontes dorados el apetito de sus clientelas electorales. Y las masas de hombres hambrientos acabaron por enloquecerse de impaciencia. La famosa ingenuidad alemana, a la cual se refiere con tanta frecuencia Hitler en su libro "Mein Kampf", es simplemente una afirmación de buena fé. No constituye un defecto tan fundamental como para alterar la vida de la nacionalidad, admitiendo permanentemente la burla. Porque el pueblo que esperaba confiado la aparición del paraíso en la puerta de los comités, se hallaba constituido por los mismos ciudadanos que, más tarde, se arrojaron desesperados contra los símbolos de la república declamadora para destruirlos. Desde luego, cualquier régimen que se pierda en frases difusas, sin atacar los hechos de frente, sin exaltar los valores de la responsabilidad, no puede tener larga vida en Alemania. El nacional socialismo no prometió más que lucha sin cuartel contra los enemigos, lo cual no es otra cosa que drama y amargura. Y aún cuando sus hombres, desde el poder, hubieran realizado menos por el bienestar de la comunidad, siempre habrían hecho algo más de lo que prometieron. Solamente un ideal muy profundo, una fé casi salvaje en la grandeza de la nación, puede llevar a un pueblo hasta consentir los mayores sacrificios sin esperar absolutamente nada.

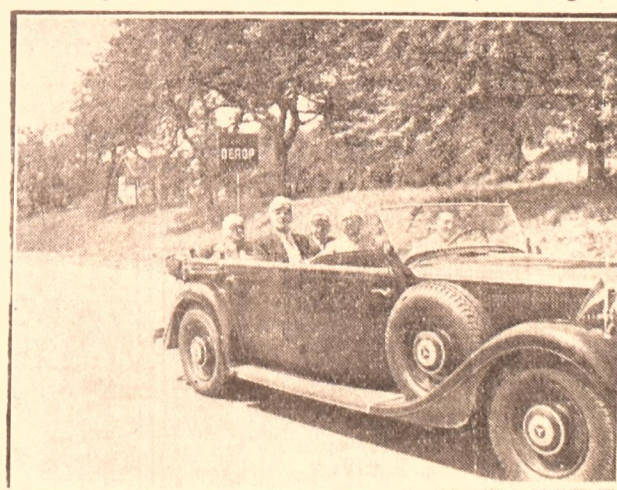
go de compensaciones. El objetivo puede variar, pero la mecánica de los hechos será siempre la misma. En cambio, el fenómeno de la cultura es en absoluto incondicional. Lo que resiste en la civilización constituye todo aquello que el pueblo sobrepone a sí mismo, o sea la capacidad de disciplinar su genio. Y en cualquiera de los dos casos, la fuerza no es más que el vehículo destinado a movilizar los valores ya existentes de la inteligencia, a fin de

ga de contrasentidos. Y pensaba que el rudo simplismo de Napoleón había llegado hasta el fondo de nuestra época contemporánea para juzgar a Goethe, no por lo que realmente fué, sino por lo que pudo haber sido. Esta voluptuosidad del subterfugio, que permite todas las posturas imaginables en el equivoco, constituye una de las perversiones más peligrosas de la inteligencia. Para representar verdaderamente al espíritu alemán es necesario que, al lado de cierta obediencia a las cosas inmediatas de la vida, hierva una insurrección permanente del alma contra los valores del pensamiento. Si hubiera de escoger entre todos los órdenes imponderables de una raza el símbolo más viviente, más integral, yo no habría elegido ni a Goethe ni a Schiller. Tampoco me hubiera quedado con Nietzsche, cuyas vertiginosas

problema del conocimiento. Por algo el esfuerzo para quebrantar la costra del mundo objetivo, penetrando en la intimidad inmaterial de la vida, constituye la cualidad clásica del espíritu alemán. Solamente en el capítulo donde Kant define las diferencias fundamentales entre las formas empíricas y los modos puros del conocimiento están contenidas todas las fuerzas de renovación que trabajan desde hace siglos por la continuidad del alma alemana (3). Resulta lógico, pues, que el nacional socialismo quiera extraer ahora del fondo de la raza los elementos imponderables necesarios para robustecer su significado histórico. Hemos observado el hecho de que ninguna revolución de superestructura será capaz de alterar los fundamentos del espíritu alemán. Pero tampoco existirá movimiento victorioso que no encarne en profundidad algo de esa fuerza nacional invisible que construye la historia. "El destino es la política", le dijo Napoleón a Goethe. Su imperio constituyó también un estado de fé que se sentía menos débil cuando la crisis de las recompensas era más violenta. Si Bonaparte, en el apogeo, desaprobaba el fatalismo de la tragedia antigua, era porque hasta el momento no había encontrado otro modo de vencer la contrariedad que adelantándose a los sucesos inevitables. Pero cuando su política perdió el contenido histórico, pudo convencerse él también que era su destino el que se parecía mucho al teatro, por la misma razón de que la interpretación colectiva es drama que posee todas las dimensiones de la vida. La mejor recompensa de los ductores consiste en continuar comprendiendo a través del tiempo los ritmos más sutiles de la conciencia nacional. Por eso el placer de la victoria no reside en creer que la fortuna es seguir dominando. La suprema gracia surge del suplicio atroz por abarcar cada vez con mayor claridad, a costa de cualquier desgarramiento, los misterios que, al alejarse de nosotros, encienden y avivan la fé.



Adolfo Agorio en los estudios de la U. F. A. (Berlín) mientras se filmaba "El vals del Emperador"



Una parte de los delegados recorriendo la magnífica pista que va de Meidelsberg a Wiesbaden



Adolfo Agorio con otros miembros de la delegación rodeando a los príncipes Hohenzollern, Langenburg en la plaza de armas del castillo después de la recepción que les fué ofrecida en la señorial residencia del siglo XIII



Entrada del castillo de Langenburg, en el cual los descendientes de una de las más viejas familias de la nobleza alemana agasajaron a los representantes de la prensa de América

La mística nacional socialista desliza toda comparación posible con los viejos partidos. Una llama pasional, co-

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

Derechos exclusivos de LA MAÑANA